Miércoles, 20 de enero 2016

Donald Trump y la política del resentimiento

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/01/donald-trump-and-politics-of-resentment.html

De todas las predicciones que hice para el año nuevo en mi post de hace dos semanas, el que parece haber despertado más angustia y al tiempo más risas es mi vaticinio de que la persona con más papeletas para jurar sobre una Biblia el próximo enero como presidente de los Estados Unidos es Donald Trump. Esa predicción no se hizo para molestar ni como divertimento, cosas que hago de vez en cuando. Es simplemente una reacción al ascenso meteórico de Trump en las encuestas y al miserable fracaso de todos sus insustanciales rivales republicanos para detenerlo.

El auge de Donald Trump marca la llegada de un punto de inflexión que ya he discutido más de una vez en estos ensayos. Al igual que los otros puntos de inflexión cuya inminente aparición en el escenario del futuro he descrito antes, eso no es el fin del mundo. Me hace gracia acordarme de todos esos republicanos que insistían en que iban a abandonar el país si Obama hubiera ganado la reelección y todavía siguen aquí, igual que cuando oigo a los demócratas diciendo que harán las maletas si gana Trump. Sin embargo, hay una diferencia importante entre ambos, porque en términos de la trayectoria histórica de los Estados Unidos, Trump es una figura mucho más significativa de lo que Barack Obama será nunca.

A pesar de la retórica vacía sobre la esperanza de cambio que rodeó su campaña de 2008, lo cierto es que Obama continuó a rajatabla con la política de su predecesor George W. Bus. Es lo que podríamos llamar a estas alturas —la sabiduría convencional o, más bien, la locura política convencional estadounidense de principios del siglo 21— el consenso Dubyobama[1]. La candidatura de Trump, y en cierto modo la de su rival demócrata Bernard Sanders señala el punto en el que el retroceso de estas políticas se ha convertido en un hecho político indudable. No es ninguna sorpresa que este retroceso no siga la forma deseada por muchos de los situados en el extremo izquierdo del espectro. Nunca lo será porque los izquierdistas en absoluto rechazan el consenso Dubyobama que han hecho inevitable el retroceso.

Para entender lo que sigue va a ser necesario pedir a mis lectores (sobre todo, aunque no sólo, a los que se consideran liberales, o ven a sí mismos en el centro-izquierda del complicado panorama político de los EE.UU. de hoy) que dejen de lado algunos hábitos comunes. El primero es no caer en la tentación de la burla o el desprecio que en los EE.UU. muy a menudo compensa la ausencia de pensamiento político significativo y que afecta sobre todo, aunque no exclusivamente, a la izquierda. Los tristes insultos que se han dedicado machaconamente a Donald Trump en el transcurso de su campaña son buenos ejemplos de esto: "desquiciado ganchito", "tarado con cabeza de tomate", "delirante criatura queso", y así sucesivamente[2].

La enjundia de la mayor parte de estos insultos, cuando no son simples burlas de colegiales petulantes sobre el aspecto físico de Trump, es la afirmación de que es estúpido. Esto no nos sorprende pues a una gran cantidad de la gente en el extremo de la izquierda de la cultura americana le encanta usar esa clase de lenguaje degradante que atribuye idiotez a todos lo que no están de acuerdo con ellos. Por lo tanto es probable que sea necesario remarcar que Trump es cualquier cosa menos idiota. Es extraordinariamente inteligente; una medida de su inteligencia es la forma en que ha sido capaz de

---

[1] N. del T. No entiendo muy bien el significado de la expresión Dubyobama, que a menudo cita el Archidruida. Duby significa en argot urbano marginal "marihuana", así que a falta de mejores opciones, creo que probablemente signifique algo así como el consenso que genera Obama después de fumarse un porro (se lo fume Obama o se lo fume el receptor del mensaje).

[2] N. del T. La verdad es que esos insultos suenan mejor en inglés, parecen propios del Capitán Haddock: "deranged Cheeto", "tomato-headed moron" o "delusional cheese creature"

incitar a muchos de sus oponentes a comportarse de forma que se fortalezca la atracción que Trump ejerce sobre los votantes, que es lo que más le importa en su campaña. En caso de que usted, querido lector, se esté preguntando si pertenece a esta última categoría responda si le apetece enviar tweets comparando el pelo de Trump con los ganchitos del queso: si la respuesta es no, no has caído en su trampa. Eso es lo primero que hay que tener en cuenta para dar sentido al fenómeno Trump.

La segunda idea preconcebida que hay que olvidar va a ser bastante más difícil para muchos de mis lectores: la errónea noción de que las únicas divisiones que importan en la sociedad estadounidense son las que tienen alguna base en la biología. A los americanos les gusta hablar de ciertos tipos de división en la sociedad como color de la piel, sexo, origen étnico, orientación sexual, discapacidad etc., sin importar cuáles sean sus actitudes hacia las personas que caen en un lado u otro de esas líneas. (Por favor, tenga en cuenta las cinco palabras anteriores "alguna base en la biología": No estoy diciendo que estas categorías sean puramente de naturaleza biológica, cada una de ellas se define en la práctica por una galaxia de construcciones culturales y prejuicios que tienen "alguna base en la biología". La relación con la biología no es una definición sino una forma de indicar una categoría evidente. Hago esta advertencia porque me he dado cuenta de que muchas personas interpretan mal lo que estoy tratando de explicar aquí.)

¿Es que no son importantes estas categoría de división en la sociedad? Por supuesto que lo son. El trato discriminatorio sobre la base de esos factores es omnipresente en la vida americana de hoy. Pero el hecho es que hay otras líneas de división en la sociedad estadounidense que no tienen nada que ver, ni remotamente, con la biología y que algunas son por lo menos tan omnipresente en la vida estadounidense como las mencionados anteriormente. También es importante indicar que algunas de las categorías más importantes son temas tabú, asuntos de lo que la mayoría de la gente en los EE.UU. no quiere hablar.

Les pongo un ejemplo relevante. Hoy se pueden determinar las perspectivas económicas y sociales de los estadounidenses mediante una pregunta muy simple: ¿cómo obtienen la mayor parte de sus ingresos? En términos generales, aunque hay excepciones, hay estas cuatro posibles fuentes: la rentabilidad de las inversiones, un salario mensual, un salario por hora, o un cheque de asistencia social del gobierno. Las personas que reciben la mayor parte de sus ingresos de una de esas cuatro formas tienen un gran número de intereses en común, tanto es así que es lógico hablar del pueblo estadounidense como dividido en una clase de rentistas, una clase de asalariados, una clase de asalariados de segunda división y un clase subsidiada.

<u>Nota del traductor.</u> *Desconozco cómo es el mercado del trabajo en Latinoamérica, probablemente cada país tenga sus propias peculiaridades. Para equiparar estas cuatro clases a la situación española y latinoamericana podemos considerar que los extremos (la clase de los rentistas y la clase de los subsidiados) son muy similares a las descritas para los EE.UU. con la diferencia de que quizá haya países en Sudamérica en los que el presupuesto de los gobiernos para ayudas sociales sea mínimo y esa clase (los que viven de las ayudas sociales) sea irrelevante (algo, por cierto, a lo que nos encaminamos en España a toda velocidad). Las otras dos clases, las de los asalariados, sí que son muy diferentes, al menos en España, donde muy pocos trabajadores reciben una paga por hora trabajada. Este tipo de arreglos queda prácticamente limitado al trabajo informal, sin cotizaciones sociales, o en negro (empleos de limpieza o ayuda doméstica, clases particulares, chapuzas, pequeñas reparaciones, etc.). La división en clases de los asalariados en España sería la de quienes tienen un trabajo fijo y estable, un buen trabajo, algo que da seguridad y le permite al trabajador planificar en cierto modo su vida, solicitar un préstamo a largo plazo o afrontar el futuro con una cierta tranquilidad. Por otra parte tendríamos los trabajadores con empleo precario, trabajos a jornada parcial, o con una sucesión de empleos temporales de corta duración, algo que genera ansiedad en el trabajador, que no sabe cuánto le durará el trabajo y le impide una mínima planificación vital a medio o largo plazo. Para entendernos, en este post me referiré a los que tienen un buen empleo (sociológicamente comparable a los estadounidenses que cobran un salario estable por semana o por mes) como clase media o media-alta y a los que tienen un empleo precario o un trabajo-basura (que correspondería a los estadounidenses que cobran por hora trabajada) como clase baja o media-baja.*

Probablemente es necesario señalar explícitamente aquí que estas clases no son idénticas a las divisiones de las que les gusta hablar a los estadounidenses. Es decir, hay un montón de gente con la piel de color claro en la clase subsidiada y un montón de personas con piel más oscura en la clase media o media-alta. En general hay más blancos en las dos clases más ricas, aunque incluso allí usted puede encontrar gente de color. De la misma manera, las mujeres, los homosexuales, los discapacitados, etc. se encuentran en las cuatro clases aunque la forma cómo son tratados depende en gran medida de en cuál de estas clases se encuentren. Si usted es una persona con una discapacidad, por ejemplo, sus posibilidades de conseguir una vivienda adaptada a su discapacidad son por lo general mucho mayores si usted es de clase media alta.

Como se señaló anteriormente, hay personas que no pertenecen a ninguna de esas divisiones. Yo soy uno de ellos; como escritor obtengo la mayor parte de mis ingresos por los derechos de autor sobre las ventas de libros que recibo dos veces al año, lo que significa aproximadamente un dólar o menos de cada libro mío que vende a través de los canales habituales y bastante menos que eso si se vende en Amazon —esos grandes descuentos salen directamente de los bolsillos de sus autores favoritos—. Hay tan pocas personas que se ganan la vida de esta manera que la clase de autores y artistas no es un factor significativo en la sociedad estadounidense. Lo mismo puede decirse de casi todas las otras formas de ganarse la vida en los EE.UU.. Incluso la que una vez fue poderosa clase empresarial, las personas que reciben sus ingresos de las ganancias que consiguen en sus propios negocios o de sus actividades comerciales es demasiado pequeña en estos días por lo que carece de una presencia colectiva significativa.

Se puede decir mucho sobre de las cuatro clases principales que acabamos de esbozar, pero quiero centrarme en la dimensión política, porque ahí es donde adquiere una relevancia abrumadora la campaña presidencial de 2016. Así como las cuatro clases pueden ser identificadas a través de una pregunta muy simple, la dinamita política que está impulsando el retroceso que se mencionó anteriormente se puede ver a través de otra sencilla pregunta: durante el último medio siglo o así, ¿cómo les ha ido a las cuatro clases?

La respuesta, por supuesto, es que tres de las cuatro han quedado más o menos como estaban. La clase de rentistas ha tenido en realidad algún momento difícil, ya que muchos de los instrumentos de inversión que han utilizado para obtener ingresos estables como certificados de depósito, bonos del gobierno, etc han visto caer hasta cero su rentabilidad. Aún así, las inversiones alternativas y las frenéticas manipulaciones del gobierno sobre las cotizaciones bursátiles han permitido mantener sus estilos de vida acostumbrados a la mayoría de las personas que viven de las inversiones.

También la clase media y media-alta ha mantenido sus tradicionales privilegios y prebendas a lo largo de medio siglo de cambios convulsos. Fuera de algunas zonas urbanas costeras, actualmente en las garras de las burbujas especulativas, las personas cuyos ingresos vienen principalmente de buenos salarios pueden, por lo general, darse el lujo de poseer sus casas, comprar coches nuevos cada pocos años, viajar en sus vacaciones anuales, y así sucesivamente. En el otro extremo del espectro, la clase subsidiada sigue arañando lo que puede más o menos como antes, lidiando con las mismas realidades sombrías de miseria absoluta, una burocracia gubernamental intrusiva, y una galaxia de obstáculos directos e indirectos a la plena participación en la vida nacional , igual que pasaba en 1966.

Y, ¿la clase baja, la de los que viven de un salario por horas? Durante el último medio siglo, la clase baja o media-baja ha sido destruida.

En 1966 una familia americana donde sólo trabajaba el cabeza de familia a tiempo completo en un salario por horas podría contar con tener una casa, un coche, tres comidas al día, y otras necesidades ordinarias de la vida; incluso sobraba un poco para algún capricho ocasional. En 2016, una familia americana de clase media-baja, con un solo ingreso en la familia con trabajo a tiempo completo recibiendo su salario por hora trabajada es posible que termine viviendo en la calle. Un gran número de personas que desearían trabajar a tiempo completo, incluso en esas condiciones, sólo puede encontrar un trabajo a tiempo parcial o un trabajo temporal o a veces no encuentra ningún empleo en absoluto. El empobrecimiento catastrófico de la clase baja en los EE.UU. es uno de los hechos políticos más

trascendentales de nuestra época y también uno de los más inconfesables. Nadie está dispuesto a hablar de ello ni incluso admitir que algo así haya sucedido.

En gran medida, la destrucción de la clase de asalariados en trabajos de baja calidad ha sido la consecuencia de dos grandes cambios en la vida económica de Estados Unidos. El primero fue el desmantelamiento de la economía industrial estadounidense y su sustitución por fábricas del Tercer Mundo; la segunda ha sido la inmigración masiva desde países del Tercer Mundo. Ambas medidas han conseguido reducir el ingreso de la clase baja — atención, no se han reducido los salarios de la clase media o media-alta, ni la rentabilidad de la inversión ni los pagos por asistencia social— al reducirse por una parte el número de puestos de trabajo asalariado mientras por otro lado aumenta el número de personas que compiten por ellos. Estas dos secuelas han sido activamente fomentadadas por las políticas gubernamentales, a pesar de toda la retórica vacía en ambos lados del pasillo del Congreso. Para todos los efectos prácticos, han contado con el apoyo bipartidista de la clase política.

Probablemente será necesario hablar un poco sobre este último punto. Ambos partidos, a pesar de ocasionales cataratas de lágrimas de cocodrilo por los trabajadores estadounidenses y sus familias, han respaldado ferozmente la deslocalización de los puestos de trabajo. La inmigración es un asunto un poco más complejo; los demócratas afirman estar a favor de la misma, los republicanos en cambio afirman oponerse a ella, pero lo que esto significa en la práctica es que la inmigración legal es difícil, pero la inmigración ilegal es fácil. El resultado ha sido la creación de una inmensa fuerza de trabajo de no-ciudadanos (personas sin la nacionalidad estadounidense), que no tienen ninguna esperanza de poder acceder a derechos económicos o políticos. Este hecho se ha utilizado, una y otra vez, para bajar los salarios, degradar las condiciones de trabajo y favorecer los intereses de los empleadores sobre los trabajadores de clase baja.

El siguiente punto que debe discutirse aquí (algo que va a frustrar a un gran número de mis lectores) es quién se ha beneficiado de la destrucción de la clase baja. Durante mucho tiempo ha estado de moda en lo que se entiende por conservadurismo americano insistir en que todo el mundo se han beneficiado de los cambios que acabamos de esbozar, o afirmar que si alguien no lo ha hecho ha sido por su culpa. Ha sido igualmente popular en lo que pasa por ser el liberalismo americano insistir en que las únicas personas que se han beneficiado de esos cambios son los malvados ultra-capitalistas que pertenecen al 1% de mayor renta. Ambas afirmaciones son evasivas, porque la destrucción de la clase salarial ha beneficiado desproporcionadamente a una de las cuatro clases que esbocé más arriba: la clase media-alta, la de los que tienen sueldos estables en trabajos de calidad.

La cosa ha funcionado así. Desde la década de 1970, el estilo de vida de clase media-alta (vivienda en el suburbano, coche nuevo cada dos años, vacaciones en Mazatlán, y cosas así), es un anacronismo: utilizando la afortunada frase de James Howard Kunstler, un acuerdo sin futuro. Fue el resultado del dominio económico global que los Estados Unidos ejerció tras la Segunda Guerra Mundial, cuando el resto de naciones con un sector industrial potente tenía sus fábricas reducidas a escombros por los bombardeos de las potencias beligerantes, y los pozos de Pennsylvania, Texas y California extraían más petróleo que el resto del mundo junto. Ese dominio se desvaneció rápidamente cuando la producción de petróleo convencional en los Estados Unidos alcanzó su máximo en 1970 y las fábricas de Europa y Asia comenzaron a expulsar de la competencia al núcleo industrial de EE.UU..

La única manera de que la clase media-alta pudiera mantener su estilo de vida en medio de todas esas transformaciones era conseguir reducir el costo de los bienes y servicios que se podían permitir con sus sueldos. Debido a que la clase de trabajadores con buenos empleos ejercía (y todavía ejerce) un grado de influencia económica y política desproporcionada a su tamaño, esto estuvo a la orden del día en la década de 1970, y sigue siendo la llave del consenso político en la vida pública estadounidense actualmente. La destrucción de la clase baja fue sólo una de las consecuencias de ese proyecto, lo que nos importa porque afecta a la política actual. Otras consecuencias han sido la espectacular disminución de la calidad de los productos manufacturados que se venden en Estados Unidos y el destrozo de una buena parte de la infraestructura nacional del país.

Es muy importante señalar que todos los remedios que se han ofrecido para beneficiar a la clase media-alta han sido a expensas de la clase baja. Considere las grandilocuentes declaraciones de las últimas dos

décadas que decían que las personas de clase baja que perdieron sus trabajos podrían volver a subir al tren de la prosperidad si fueran a la universidad y consiguiesen una buena capacitación laboral. Eso no funcionó nada bien para las personas que obtuvieron préstamos para estudio y recibieron clases para capacitarse para el trabajo. Después de todo, no le sirve de nada si no existen los trabajos para los que usted se ha preparado, y ocurre que un gran número de asalariados de clase media-baja han terminado sus carreras universitarias sin mejorar sus perspectivas laborales, pero con una deuda de cientos de miles de dólares en préstamos estudiantiles. Sin embargo, para los bancos y facultades, que fomentaron estos préstamos e impartieron las clases, estos programas han sido una impresionante fuente de ingresos, siendo los que trabajan en bancos y universidades personas con buenos salarios.

Hasta ahora no han tenido éxito los intentos de las personas de la clase baja para encontrar una respuesta eficaz a los cambios que han estrangulado sus perspectivas económicas y se enfrentan a un futuro problemático. Hasta cierto punto, eso justifica el esfuerzo sostenido del Partido Republicano para atraer a los votantes de clase baja para que apoyen a los candidatos republicanos por motivos religiosos y morales. Es una imagen especular de la artimaña que ha sido utilizada por el Partido Demócrata para satisfacer toda la panoplia de intereses del ala más izquierdista del partido. Los demócratas no están haciendo nada en los asuntos que más le importan, pero como tampoco lo hacen los republicanos, usted vota por el partido que menos le ofende. ¿Correcto? Seguro, pero eso garantiza que los intereses que más le importan nunca se abordarán en absoluto.

Hay una barrera adicional. Es la respuesta de la clase media y media-alta (en todo el espectro político, izquierda, derecha, centro; llámelo como quiera) ante cualquier intento de la clase baja para que surjan en el debate las cuestiones que son importantes para éste último tipo de trabajador. En las raras ocasiones en las que esto sucede en la esfera pública, los portavoces de la clase media han respondido con doble ración de burlas sarcásticas, como discutí al principio de este post. Lo mismo ocurre en una escala diferente en aquellas ocasiones en que lo mismo sucede en privado. Si lo duda, y es probable que ocurra así, y si pertenece a la clase de personas con buen empleo, intente hacer el siguiente experimento: reúna unos pocos amigos de su clase, de los que tienen un buen trabajo, en un contexto informal y hágales hablar del trabajador estadounidense común. Oirá de todo, desde burdas caricaturas y estereotipos romos hasta un encendido discurso de odio auténtico. La gente de la clase baja es consciente de ello; han oído de todo; les han llamado *ad nauseam* estúpidos, inútiles, ignorante, etc., simplemente por no haber conseguido alcanzar un poquito del dogma egoísta que trató de endosarles algún representante de la clase que tiene buenos trabajos.

Y aquí, querido lector, es donde entra Donald Trump.

El hombre es brillante. Quiero decir que realmente lo es, sin el menor asomo de burla. Ha descubierto que la forma más eficaz de conseguir atraer bajo su bandera a los trabajadores de la clase baja es conseguir que le ataquen con el tipo habitual de burla estridente, del mismo modo que se ataca a los propios trabajadores de la clase baja. Un tipo con varios millones de dólares, ¿de verdad piensas que no se puede permitir el lujo de obtener el tipo de peinado que la clase media encuentra aceptable? Por supuesto que puede; pero él ha elegido deliberadamente lo contrario, porque sabe que cada vez que un bufón privilegiado, en los medios de comunicación o en las veredas de Internet, le lanza una ronda de insultos que se basan en que no se ajusta al canon de ideas y estético de la burguesía, otros cien mil votantes de clase baja recuerdan el desprecio infinito y las humillaciones que han recibido de la clase media y piensan que "Trump es uno de los nuestros."

Idéntica lógica rige en su burla deliberada de las normas aceptadas del discurso político actual. ¿Te has dado cuenta de que aumentan sus expectativas electorales y sube la intención de voto que cada vez que Trump dice algo que los comentaristas políticos de turno califican como una barbaridad y los medios de comunicación tratan de convencerse a sí mismos y a sus oyentes de que esta vez ha ido demasiado lejos y que su campaña seguramente se hundirá? Lo que está diciendo es exactamente el tipo de cosas que se pueden oír en los bares y boleras de trabajadores de clase baja cuando salen temas como la inmigración ilegal o el terrorismo yihadista. El clamor en los medios de comunicación simplemente confirma, en la mente de estos votantes a quienes realmente se dirige, que Trump es uno de ellos, un tipo normal con ideas sensatas, un tipo a quien desprecian y faltan al respeto las personas trajeadas.

Note también cómo se ha centrado con precisión láser en algo que es inaceptable para los gurús de la comunicación, en el tema de la inmigración. Esa es una cuña de apertura muy bien elegida, porque la lucha contra la inmigración ilegal es algo que el Partido Republicano ha apoyado desde hace mucho tiempo. A medida que Trump amplía su ventaja, ha empezado a hablar de la otra cara de la ecuación: la deslocalización de puestos de trabajo —como su reciente puya a las fábricas clandestinas de Apple en el extranjero—. La respuesta de los de medios de comunicación trabaja a favor de Trump: "¡Si se fabricasen los teléfonos inteligentes en los EE.UU., tendríamos que pagar más por ellos!" Por supuesto que es verdad: la media-alta tendría que pagar más por sus juguetes si la clase baja tuviese empleos decentes con un salario suficiente para mantener a una familia. Esto es impensable para mucha gente en la clase media o media-alta que son perfectamente felices sabiendo que su electrónica se fabrica con salarios de hambre en mazmorras en el extranjero, siempre y cuando se mantenga el precio bajo. Esto puede ayudar a explicar el hirviente caldero de resentimiento en el que Trump está cocinado tan eficientemente.

Por supuesto, no es seguro que el resentimiento lleve a Trump directamente a la Casa Blanca, aunque en este momento me parece lo más probable. Sin embargo, confío en ninguno de mis lectores sea tan ingenuo como para pensar que una derrota Trump significará el fin del fenómeno que le ha llevado a su éxito en la política. Veo la candidatura Trump como un hito importante en la vida política estadounidense en el que la clase-baja, que numéricamente cuenta con la gran mayoría de las personas con derecho a voto, se dé cuenta y despierte su poder potencial y empiece a ejercer presión en contra del ascenso de la clase media-alta.

Gane o pierda, que el retroceso va a ser una fuerza determinante en la política estadounidense en las próximas décadas. Tampoco la candidatura Trump es lo peor que podría pasar. Si Trump sale derrotado, sobre todo si se hace por medios deshonestos, obviamente, el próximo líder en asumir la causa de la clase baja podría muy bien ser el amo de los brazaletes o, pongamos, el amo de las bombas en las carreteras. Cuando se empieza con la política del resentimiento puede pasar cualquier cosa, sobre todo cuando el resentimiento en cuestión está plenamente justificado por el comportamiento de muchos de aquellos contra los que se dirige.